

El valor de las cinco vías de Santo Tomás

En esta obra de carácter divulgativo, Thomas Woods Jr., intenta mostrar la influencia determinante de la Iglesia Católica en la forja de la cultura occidental de la que somos herederos. Este fragmento es parte de un capítulo sobre la fundación de las universidades. En él el autor pone como ejemplo del método escolar de la época la demostración de la existencia de Dios de Santo Tomás de Aquino por medio de las famosas “Cinco Vías”.

El más grande de los escolásticos y, ciertamente, una de las más grandes mentes de todos los tiempos, fue Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Su sobresaliente *Summa Theologiae* planteaba y respondía millares de preguntas sobre teología y filosofía, desde la teología de los sacramentos a la justicia de la guerra, pasando por si debían criminalizarse los vicios (Santo Tomás afirmaba que no). Santo Tomás demostró que Aristóteles, a quien tanto él como muchos de sus contemporáneos consideraban el mejor pensador profano, podía armonizar perfectamente con las enseñanzas de la Iglesia.

Los escolásticos discurrieron sobre muchos e importantes problemas, si bien en los casos de Anselmo y Aquino hemos preferido centrarnos en la existencia de Dios, acaso el ejemplo clásico de uso de la razón en defensa de la fe. (La existencia de Dios se enmarcaba en la categoría de conocimientos que, a juicio de Santo Tomás, podían alcanzarse mediante la razón, además de la revelación divina). Ya hemos visto el argumento de Anselmo; el Aquinate, por su parte, desarrolló cinco maneras de demostrar la existencia de Dios en su *Summa Theologiae*, explayándose en su descripción en la *Summa contra Gentiles*.

A fin de dar al lector cierta idea de la naturaleza y el alcance del argumento escolástico, veremos cómo se enfrentó el Aquinate a esta cuestión, atendiendo a lo que técnicamente se ha dado en llamar su argumento sobre la causalidad eficaz y tomando prestado algún fragmento de su argumento sobre la contingencia y la necesidad.

Las ideas de Santo Tomás se comprenden mejor si partimos de algunos ejemplos con el pensamiento tomados del mundo profano.

Supongamos que queremos comprar un pavo. Llegamos a la tienda y vemos que debemos coger un número de orden. Sin embargo, cuando estamos a punto de coger un número descubrimos que antes de coger número es preciso coger número. Y cuando estamos a punto de coger ese número descubrimos que para ello es preciso coger otro número, así, debemos coger un número para coger un número para coger un número que nos permita comprar un pavo.

Supongamos ahora que la serie de números que debemos coger es infinita. Cada vez que estamos a punto de coger un número descubrimos que para ello siempre es preciso coger un número anterior. En estas condiciones, jamás llegaremos al mostrador para comprar el pavo. Desde aquí y hasta el final de los tiempos no haremos otra cosa que coger números.

Si resulta que vemos pasar a alguien que acaba de comprar medio kilo de *roast beef*, comprenderemos de inmediato que la serie de números no es infinita. Ya hemos visto que si la serie fuera infinita nadie lograría jamás llegar hasta el mostrador. Sin embargo, la persona que lleva el *roast beef* lo ha conseguido de algún modo. Por lo tanto, la serie no puede ser infinita.

Consideremos otro ejemplo. Imaginemos que queremos matricularnos para asistir a un curso en la universidad, para lo cual vamos a hablar con el secretario, el señor González. El señor González nos explica que para matricularse en ese determinado curso es preciso dirigirse al señor Pérez. El señor Pérez, a su vez, nos remite al señor García. El señor García nos deriva al

señor López. Si esta serie fuese infinita -si siempre fuera necesario hablar con otra persona antes de poder matricularse- es evidente que jamás llegaríamos a formalizar la matrícula.

Estos ejemplos pueden parecer muy alejados de la cuestión de la existencia de Dios, pero no lo están; la prueba de Santo Tomás es en cierto modo análoga a ambos. Santo Tomás parte de la idea de que todo efecto requiere una causa, y que en el mundo físico no existe nada que sea la causa de su propia existencia. Esto se conoce como principio de razón suficiente. Cuando, por ejemplo, encontramos una mesa, sabemos perfectamente que su existencia no es espontánea. Su existencia se debe a algo: el carpintero que la ha construido y la disponibilidad de materias primas.

La existencia de Z se debe a alguna causa Y. Pero resulta que Y, que no puede existir por sí misma, también necesita una causa. Y debe su existencia a la causa X. Pero ¿a quién debe X su existencia? X debe su existencia a la causa W. Al Igual que en los ejemplos de la compra del pavo y la matrícula en la universidad, nos enfrentamos aquí con las dificultades que plantea una serie infinita.

En este caso, el problema es el siguiente: cada causa de un efecto dado requiere a su vez de una causa para dar cuenta de su existencia; esta causa requiere a su vez una causa, y así sucesivamente. Si la serie a la que nos enfrentamos es infinita, puesto que cada causa precisa una causa anterior, «nada habría podido llegar a existir jamás».

Santo Tomás explica que, por lo tanto, debe existir una Causa Sin Causa: una causa que no precise de ninguna causa. Esta causa primera, afirma Santo Tomás, es Dios. Dios es el único ser cuya existencia es parte de Su misma esencia. Ningún ser humano debe existir necesariamente; siempre pasó algún tiempo antes de que cada uno de nosotros llegase a existir, y el mundo seguirá existiendo cuando cada uno de nosotros haya perecido. La existencia no forma parte de la esencia de ningún ser humano. Sin embargo, Dios es diferente. Él no puede no existir. Y Él no depende de nada anterior a Sí mismo para explicar Su existencia.

WOODS Th. Jr, *Cómo la Iglesia construyó la civilización occidental*, Ciudadela libros, 2007, cap. 4, *La Iglesia y la universidad*.